

¿Banca o industria?

ALFREDO PASTOR - Profesor del IESE. Doctor en Economía por el MIT, fue secretario de Estado de Economía con Pedro Solbes

LA VANGUARDIA - DINERO - 8.03.09

Para un industrial -decía Auguste Detoeuf en 1938- la economía se compone de una realidad: la industria; de un medio, la banca, y de un pretexto: el consumidor. Para el banquero, la realidad es la banca; el medio, el ahorrador; el pretexto, la industria". La frase es ingeniosa, y da que pensar precisamente en estos momentos, porque uno ve cómo, en el imaginario popular, va tomando cuerpo la idea que las posturas de banca e industria son necesariamente contrapuestas, y que una y otra mantienen con el ciudadano corriente - consumidor y ahorrador-una relación un tanto fraudulenta.

Esto no tendría mayor importancia si no fuera porque estas construcciones - estas narrativas, como se las llama ahora-pesan mucho en las expectativas de la gente; y, cuando se condensan en frases como "la banca no quiere prestar" o "la gente no gasta", alimentan un estado de ánimo que nos va conduciendo poco a poco hacia la depresión, mental primero y económica más tarde. Por esto tiene importancia tratar de situar banca e industria en el lugar que les corresponde.

Las relaciones normales entre ambas son relaciones entre proveedor y cliente: a veces es el cliente quien tiene la sartén por el mango - cuando la liquidez es abundante y los bancos se pelean por el negocio-, a veces es el proveedor - cuando el crédito escasea y las empresas se pelean por la financiación. Durante cinco años hemos estado en la primera situación,

ahora estamos en la segunda. Hay dos razones coyunturales y dos más profundas que explican el endurecimiento del mercado del crédito en nuestro país: por una parte, la financiación que necesitan nuestros bancos se ha enrarecido; por otra, después de una temporada de asumir riesgos con un cierto abandono, nuestras entidades financieras se han vuelto mucho más conservadoras: algunos proyectos no se financiarán, otros sólo obtendrán financiación más cara, o con mayores garantías. No es que no haya crédito: muchas veces es que no hay crédito tan barato.

La tercera razón es que la corrección de nuestro desequilibrio exterior requiere necesariamente una reducción del endeudamiento de nuestra economía. De toda nuestra economía: familias y empresas. Esta reducción sólo se consigue, naturalmente, reduciendo el volumen de crédito con relación al volumen de actividad. Si hubiéramos ido haciéndolo en la fase de bonanza lo hubiéramos notado menos; hoy, con un crecimiento negativo del PIB, la caída del crédito habrá de ser mayor de lo que hubiera sido. Pero no hay que engañarse: la situación de partida era de una economía desequilibrada, y esas contracciones del crédito muestran que esos desequilibrios se van corrigiendo; son, pues, parte de la solución, y no parte del problema.

Pero hay una última razón: la situación de nuestro sector bancario al explotar la burbuja inmobiliaria. El problema es conceptualmente más sencillo que en otros países, pero la magnitud no es menor: reconocer las pérdidas de valor de los activos inmobiliarios supone una carga para el sector que paraliza su actividad crediticia normal, sobre todo porque esos activos siguen perdiendo valor al continuar la caída de los precios. Si no se puede, o no se debe hacer nada frente a las tres razones anteriores, sí es posible detener la caída del valor de los activos de la

banca, y parece que sólo el Estado puede hacerlo poniendo un suelo a los precios - es decir, comprometiéndose a comprar los activos a un cierto valor; porque sólo el Estado tiene los recursos necesarios, aunque para lograrlos haya de subir los impuestos.

Cuesta imaginar cómo puede volver a fluir el crédito - no tan abundante como hace dos años, pero más que en los últimos meses-si no se estabilizan los activos bancarios. Sería una ingenuidad pensar que se trata de un asunto sencillo: está lleno de dificultades, técnicas y sobre todo políticas, ya que fijar el valor de los activos equivale a repartir de una vez las pérdidas de la burbuja entre proveedores, clientes y accionistas, y eso no puede hacerse sin una idea de qué sistema financiero va a quedar al final del proceso. Pero también lo sería considerar que la situación actual puede prolongarse sin dañar seriamente la industria y la empresa en general.

Algunos quieren tranquilizarse pensando que el problema es de falta de demanda de crédito. Esperemos que eso no sea del todo cierto, porque nuestra economía - cualquier economía como la nuestra-vive del crédito: la falta de demanda de crédito es síntoma de la falta de proyectos de inversión, y, por consiguiente, de la parálisis de la economía, que es sin duda la peor noticia que podríamos recibir.

No estaría mal que nuestras autoridades tuvieran un mapa detallado de los pasos a seguir si vemos, como ya hemos visto en otros países, que la intervención del Estado como comprador de última instancia es necesaria. Mantengamos las dos realidades, banca e industria, que no pueden subsistir separadas, y mantengamos, sobre todo, al pobre ciudadano que ha puesto su confianza en ambas.